

ROBERT ROSENBERG:

«VAMOS A DEMOSTRAR LA INOCENCIA DE NUESTROS PADRES»

EL 19 de junio de 1953 eran ejecutados en Estados Unidos Julius y Ethel Rosenberg. Sobre ellos pendía la acusación de haber realizado espionaje atómico a favor de los soviéticos. Los dos hijos del matrimonio, Michael y Robert, que tenían entonces diez y siete años, respectivamente, fueron recogidos por Ann y Abel Meerepool, cuyo apellido adoptaron. A la muerte de éstos, Michael y Robert recuperaron el viejo apellido y se decidieron a entablar la lucha en pro de la revisión del proceso de sus padres. Desde hace dos años, los hermanos Rosenberg recorren el país de punta a punta para informar al público norteamericano. La entrevista que publicamos a continuación tuvo lugar después de una conferencia pronunciada por Robert Rosenberg en la Universidad de Maryland, cerca de Washington.

—¿A cuándo se remonta su deseo de dar a conocer la verdad sobre sus padres?

ROBERT ROSENBERG.—Mi hermano Michael y yo mismo hemos deseado siempre hacer algo al respecto. Llevábamos una vida tranquila. Teníamos un trabajo, una familia. Habría sido muy fácil continuar con esa vida, y sabíamos que desde el momento en que nos propusiéramos restablecer la verdad sobre nuestros padres, nuestra vida se vería profundamente trastornada. Y es lo que ha ocurrido efectivamente: yo, por ejemplo, he tenido que dejar mi puesto de profesor en la Universidad.

—Hace dos años se publicó un libro que reproducía, sin nuestra autorización, unas treinta cartas de nuestros padres. Además, el autor afirmaba que nuestros padres nos tenían abandonados por culpa de su fanatismo político. Todo eso es falso. Así que decidimos montar un pleito al autor. Los periódicos locales descubrieron nuestra identidad a pesar de nuestros esfuerzos por ocultarla, y al día siguiente aparecíamos en las primeras planas. Por aquel entonces no habíamos decidido aún solicitar la reapertura del proceso. Se trataba sólo de un asunto personal. Diez meses más tarde, después de algunas emisiones de televisión y unos cuantos artículos, se fundó un Comité Nacional pro Reapertura del Caso Rosenberg, con secciones locales. Todo ocurrió en el momento más propicio, pues coincidió con el asunto Watergate, siendo también por aquel entonces cuando se comenzó a poner en tela de juicio lo sucedido en la década de los cincuenta.

—¿Por qué cree usted que sus padres eran inocentes?

R. R.—Las pruebas no resisten el mínimo examen serio. Le daré algunos ejemplos. El fiscal presentó como pruebas acusatorias una

serie de fotos que, según él, demostraban que mis padres habían intentado huir del país. Diez años más tarde, los investigadores llevaron esas fotos al laboratorio donde las habían revelado. Entonces se demostró que eran simples fotos de familia y que el fiscal había engañado al Jurado y a los defensores haciéndoles creer que se trataba de fotos de carnet. Otro ejemplo: También se presentó como prueba acusatoria el croquis de la bomba atómica. Nadie sostuvo que aquéllos eran dibujos de mil novecientos cuarenta y cinco. Sin embargo, el autor de aquellos croquis, mi tío David Greenglas, al que el Gobierno presentó como testigo de cargo, confesaría después haber dibujado aquellos croquis de memoria un mes antes del proceso.

—Desde que esos croquis son accesibles a todo el mundo, muchos sabios han emitido informes en el sentido de que los mismos carecen de valor científico. Pero cuando se celebró el proceso se intentó demostrar que aquellos dibujos divulgaban «el mayor secreto de la Humanidad». Y aquellos croquis moti-

—No hay que olvidar que todo ocurrió en medio del histerismo que caracterizó a la época de McCarthy. Por aquel entonces se daba sistemáticamente crédito a cualquier acusación anticomunista. Todo lo que emanaba del Gobierno directo o indirectamente estaba por encima de toda sospecha. La gente vivía una psicosis de terror, creía en una guerra nuclear inminente y que el comunismo era el asociado del diablo. ¿Qué había de sospechoso en que se celebrase tal proceso en semejante clima? En cierto sentido es como el «affaire» Dreyfus del Nuevo Mundo, cuyo último capítulo todavía no ha acabado. Es siempre muy peligroso dar carta blanca a la Policía secreta. Hemos podido comprobar en varias ocasiones durante estos veinte últimos años a qué abusos ha podido conducir semejante política. El episodio más dramático ha sido el Watergate, así como todas estas historias sobre la CIA que están comenzando a aflorar ahora en los Estados Unidos. Es importante, en nuestra opinión, revisar el proceso porque todos estos asuntos se desarrollan de acuerdo con de-

se han opuesto siempre a la guerra de Vietnam, y que han sido objeto durante años de una persecución totalmente ilegal.

—¿Piensa usted, pues, que es este el momento más idóneo para ser escuchados por el público americano?

R. R.—Desde la celebración del proceso han sido varios los esfuerzos realizados en pro de la reapertura del caso. Los primeros intentos se hicieron todavía en vida de mis padres. La novedad, hoy —y este cambio no ha dependido de nosotros—, es que el público americano está dispuesto a creer que su Gobierno puede cometer tales crímenes. Hasta hoy, aunque hubiésemos presentado pruebas contundentes a la opinión pública, ésta no nos habría creído. Después del Watergate y de la guerra de Vietnam, la credibilidad del Gobierno ha quedado reducida a nada. Durante años y años no nos han contado más que mentiras.

—¿Qué proceso piensan seguir ustedes para conseguir una revisión del caso?

R. R.—Creemos que es esencial dar a conocer los hechos al público. Recorriendo el país, hemos encontrado a pequeños núcleos de gente que ha estado siempre convencida de la inocencia de nuestros padres. En el momento de celebrarse el proceso, la mayoría de la gente estaba convencida de su culpabilidad, pero si hoy les formula usted preguntas precisas, verá que en realidad lo ignoraban todo. Ahora bien, necesitamos el apoyo de la opinión pública. Nos proponemos una acción judicial y legal. Queremos demandar al Gobierno para obtener el derecho de consultar los «dossiers» que obran en su poder, y que suman veinticinco mil páginas. Nos apoyaremos en el nuevo Decreto sobre la libertad de acceso a los documentos oficiales («Freedom of Information Act»). El Gobierno puede autorizar ahora el libre acceso a sus «dossiers» después de un plazo mínimo de quince años. Estos «dossiers» contienen todas las actas desde el primer día de detención. Basándonos en ellos, esperamos demostrar que el caso Rosenberg es del mismo tipo que el del Watergate.

—Podría ser también que los «dossiers» hubiesen sido destruidos. Pero, de todas formas, el Gobierno ha proclamado en todo momento que no había utilizado contra mis padres el setenta por ciento de las pruebas contenidas en los archivos del caso por razones de seguridad nacional, y nos proponemos demostrar que todo no es más que un saco de mentiras y que no existe en el «dossier» nada que no haya sido utilizado por el Gobierno. Todo lo que contienen se volvería contra el Gobierno, y eso es precisamente lo que éste teme.



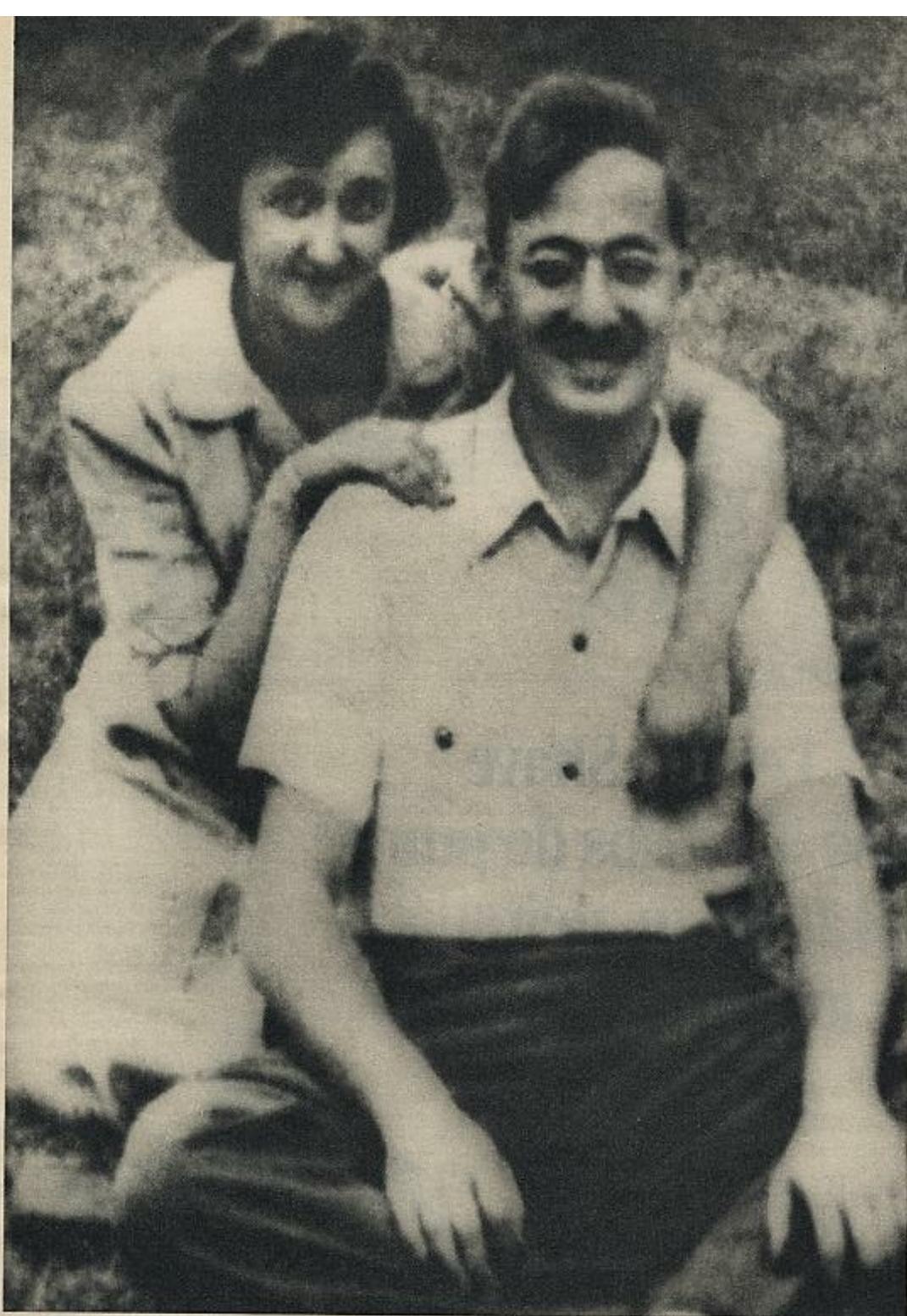
Michael y Robert Rosenberg: «Durante años nos han contado sólo mentiras».

varon el que se impusiera a mis padres la pena de muerte y el que las multitudes se soliviantasen en contra suya.

—Otra prueba importante la constituía la consigna «Vengo de parte de Julius». Pues bien, hemos obtenido testimonios importantes en el sentido de que el testigo no se acordaba bien de la consigna durante el juicio y hubo de preguntar a su abogado si aquella era «Vengo de parte de Bob» o «Me envía Dany», o algo parecido. Recientemente, un agente del FBI entrevistado ante las cámaras de televisión ha declarado que el testigo no recordaba efectivamente el nombre y que ellos le sugirieron entonces el de «Julius».

terminado esquema, y queremos demostrar la existencia de tal esquema. Es algo esencial para la defensa de nuestras libertades.

—Pero no creemos que el tiempo juegue a nuestro favor. Hay que actuar con rapidez. Este deseo hoy manifiesto en el público americano de ir al fondo de las cosas y de hacer una gran limpieza no durará eternamente. Nuestro propósito no es sólo conseguir la reapertura del caso, sino poner fin al secreto de Estado, atacar los abusos de la Policía secreta, en estos y en otros casos. No tratamos de agrandar nuestra organización, sino de marchar junto con otros grupos como los que están investigando el asesinato de Kennedy o los grupos que



«Hoy, el pueblo norteamericano está más dispuesto a creer que su Gobierno puede cometer tales crímenes». (En la foto: el matrimonio Rosenberg, antes de su proceso.)

Ahi es donde tienen que volcarse todos nuestros esfuerzos legales. Un grupo de cinco abogados y de dieciséis estudiantes de Derecho estudian los distintos medios con vistas a la reapertura del proceso. El FBI y el Ejército se niegan a abrirnos sus «dossiers», mientras que la Comisión de Energía Atómica nos ofrecen el acceso a los suyos.

—¿Piensa usted que el caso puede volver a abrirse dentro de un clima de cierta serenidad?

R. R.—No creo que eso pueda hacerse con serenidad antes de que pase bastante tiempo. No hay que olvidar que la prensa, en su totalidad —excepto dos o tres periódicos—,

era favorable a la pena de muerte o al menos a la condena de mis padres. Además, las muchedumbres americanas se enardecieron y aprobaron el veredicto. De modo que hasta el fallecimiento de quienes han aprobado la ejecución, la controversia con ellos será inevitable. Una cosa es cometer un error y darse cuenta de ello veinte años más tarde, y otra muy distinta, haber reclamado o aprobado la ejecución de dos personas. Es muy difícil en un caso como éste cantar la palinodia, pues ello equivale a reconocer la propia responsabilidad. Y la muerte es algo definitivo.

«Si demostramos a la opinión pública que tenemos razón, ¿qué

van a decir entonces del sistema judicial? Que el Tribunal se había vendido a la Policía, que participó en un asesinato legal y que nada en este país pudo impedirlo.

—¿Cómo reacciona ahora la prensa?

R. R.—En el momento del proceso, la prensa mostró una unanimidad casi absoluta en apoyo del veredicto. Al verano siguiente, el «Guardian» neoyorquino comenzó a hablar de la inocencia de mis padres. Pero las cosas han cambiado, la reacción de la prensa es hoy muy positiva. Ello se debe, entre otras razones, a que luchamos también por la libertad de información y el libre acceso a los archivos. Es

lo mismo que quiere la prensa: los periódicos están así muy interesados y nos han brindado su apoyo. Naturalmente que también hay excepciones.

—¿Cómo están sus relaciones con las autoridades?

R. R.—Apenas si ha habido reacción oficial hasta el momento. El Gobierno finge ignorarnos. Esperan que nos cansemos: que nos quedemos sin dinero o sin energías.

—¿De qué viven ustedes actualmente?

R. R.—Por el momento vivimos del libro que publicamos. Damos también conferencias en las Facultades, y el dinero que sacamos lo dedicamos totalmente al fondo del Comité Nacional. El Comité organiza también colectas; el año pasado se realizó una en el Carnegie Hall y otra en Los Angeles, en la que participaron actores célebres. Así hemos logrado reunir unos veinte mil dólares.

—¿Cómo reacciona el público que acude a escucharles?

R. R.—La gente tiene una primera reacción emocional; después de todo, se dicen, aunque estos chicos estén equivocados, ¿cómo reprocharles el que traten de justificar a sus padres? Se nos considera un poco como víctimas y se nos trata con miramientos. Por eso no tenemos tantas discusiones serias como desearíamos.

«Quienes se comprometieron entonces a favor de nuestros padres se sienten profundamente emocionados cuando vienen a vernos, y lo único que aciertan a decir es: «¡Jamás hubiera creído que mis ojos verían un día esto!». Y es algo formidable y sorprendente a la vez, créame.

«Hablamos con frecuencia en las Universidades, y allí acuden a escucharnos jóvenes de dieciocho a veinte años. La mayoría, incluso si han nacido después del «affaire», se sienten absolutamente fascinados. Por desgracia, sin embargo, cuando vienen a nuestras conferencias, lo ignoran prácticamente todo de aquella historia.

«Hemos recibido cartas de todos los rincones del país, cartas de gentes de noventa años y cartas de escolares. Cartas que dicen, por ejemplo: «Tengo trece años, ¿en qué puedo ayudarles?». Son gentes de pequeñas localidades perdidas en la geografía del país. Gentes que se toman interés, sencillamente.

—¿Han tenido contactos con la comunidad judía americana?

R. R.—La comunidad judía se ha mostrado en la mayoría de las ciudades muy socorrida. Durante los años cincuenta, los judíos pasaron mucho miedo, y esto hizo que trataran en algunos casos de mantenerse al margen. Muchos de ellos consideraron la condena a muerte de nuestros padres como el inicio de una especie de período nazi en los Estados Unidos. A pesar de lo cual fueron numerosos los judíos que apoyaron la campaña a favor de los Rosenberg. Hoy todos ellos continúan a nuestro lado. Y los que entonces no hicieron nada, se sienten culpables. ■ **Declaraciones recogidas por EDITH OCHS y BERNARD NANTET.**